

El jardín de Miss Whittaker cubría un par de acres, por detrás y a ambos lados de la casa. Estaba rodeado a lo lejos por una gran pradera, a su vez limitada por un antiguo camino de sirga inutilizado, que bordeaba en esa zona las aguas poco profundas y tranquilas de un río; sus riberas bajas y planas no se veían adornadas por ninguna roca ni árbol, y un camino de sirga no es precisamente un lugar propicio para dar románticos paseos. Sin embargo, por allí paseaba

sin sombrero una tarde de primavera la dueña de los acres mencionados —y de muchos más todavía—, enfrascada en una conversación sentimental con un apuesto y apasionado joven.

Ella hubiese pasado fácilmente por poco atractiva de no ser por la frecuencia de su magnífica sonrisa, que le otorgaba encanto a sus facciones algo vulgares y, en otra medida, sin la elegancia de su vestido, que denotaba el final de un duelo, y que tenía la exuberancia voluminosa propia de las mujeres ricas y robustas.

La hermosura de su compañero era notabilísima, en efecto, a pesar de algunos defectos, y descollaba aún más por su traje raído, que llevaba con tan poco garbo como el mal corte que tenía. Sus maneras, al hablar y al caminar, eran las de un ser nervioso y testarudo, al borde de la desesperación; ella parecía estar más que aburrida, pero determinada a tener paciencia. Al final se hizo un breve silencio entre ambos.

Miss Whittaker caminaba tranquilamente, mirando a la luna que ascendía lentamente, mientras el joven clavaba la mirada en el camino, y hacía balancear su bastón. Por fin, lo plantó con un golpe seco en el suelo.

—¡Oh, Gertrude! —exclamó—. Siento desprecio por mí mismo.

—Es horrible eso que dices —contestó ella.

—Es que te adoro, Gertrude.

—Todavía más horrible —dijo Gertrude, sin dejar de contemplar la luna.

Y entonces, de repente, fijándose en el rostro de su compañero con algo de impaciencia, le preguntó:

—Richard, ¿qué quieres decir cuando afirmas que me adoras?

—¿Que qué quiero decir? ¡Pues que te quiero!

—Entonces, ¿por qué no dices simplemente lo que quieres decir?

El joven la miró un instante.

—¿Me das permiso para decir *todo* lo que quiero decir?

—¡Oh, por Dios!

Y como él permanecía en silencio, ella añadió:

—Estoy esperando a que hables.

Pero él seguía sin decir nada, y se puso a golpear con violencia unas hierbas al borde del agua, como un chiquillo que piensa que le va a salir mal la jugada, haga lo que haga.

—Gertrude —exclamó de repente—, ¡qué otra cosa puedo decir que no sea asegurarte que te quiero!

—No quiero nada más, eso me satisface lo suficiente; eres tú al que parece que no le basta...

—O bien no quieres comprenderme o bien no puedes hacerlo —exclamó Richard, con una mirada malévola.

Miss Whittaker se detuvo y lo miró pensativa a los ojos.

—En nuestra situación, si a ti te puede convenir sacrificar la reflexión a los sentimientos, a mí me corresponde hacer lo contrario. Escúchame, Richard. Te entiendo, de veras, y hasta mejor de lo que te entiendes tú mismo.

—Oh, ya veo, crees que soy un crío...

Pero ella, sin tomar en cuenta aquella interrupción, siguió:

—Pensaba que dejándote un rato contigo mismo, tus ideas se aclararían. Pero parece que más bien se están embrollando. He tenido la suerte, o la mala suerte, ni siquiera lo sé —y al decirlo sonrió ligeramente—, de atraer tu simpatía. Todo esto está muy bien, pero no deberías darle demasiada importancia. Nada me hace más feliz que atraer simpatías; la tuya o la de quien sea. Sin embargo, las cosas deben detenerse aquí contigo, como con los demás.

—Pero con los demás no se detienen.

—¿Cómo dices? No tienes ningún derecho a decir semejante cosa. Si te hablo de este modo es en parte por justicia hacia los demás. Yo siempre seré una de tus mejores amigas, pero nunca seré más que eso. Más vale que te lo diga cuanto antes. Podría jugar con tus sentimientos durante cierto tiempo, y hacerte feliz (ya que parece hacer depender tu felicidad de tan poca cosa), dándote la impresión de que me importas de otra manera, pero la cosa no iría muy lejos; y luego ¿dónde estaríamos? En tu desilusión puedes ahora tratarme de cruel, tienes libertad para tratarme de lo que quieras si eso te alivia, pero ¿de qué me tratarías en el otro caso? La amistad es un excelente remedio contra el amor. Acepta la mía.

Y le tendió la mano.

—No, gracias —dijo Richard cruzando los brazos con un aspecto lúgubre—. Conozco mis

sentimientos —siguió diciendo, mientras subía el tono de voz—. ¿Acaso no he vivido con ellos durante semanas y semanas? Por lo que más quieras, Gertrude Whittaker: esto no es un capricho. No es mi estilo. Toda mi vida se ha concentrado en mi amor. Dios ha querido que hasta ahora no hiciera nada de mi vida tan sólo para que pudiera empezarla contigo. Querida Gertrude, ¡escúchame! Al menos tengo ciertas cualidades propias de un hombre. Bien sé que no soy respetable, pero creo sinceramente que recompensaría a quien quiera concederme algo de su tiempo. Es verdad que no he trabajado, ni perseverado, ni he realizado estudios ni ganado un centavo. Pero, por otro lado, ninguna otra mujer nunca ha tenido importancia para mí. Era a ti a quien esperaba. Y ahora... ahora, después de todo esto, me tengo que contentar con un mero afecto; ¡con una amistad! ¡Demonios! Si quieres, sé amiga con los hombres

a los que no vuelves locos... ¡pero a mí me vuelves loco!

Un honesto sonrojo iluminó las mejillas de Gertrude.

—¡Peor para ti! —exclamó con una risa amarga—. ¡Peor para los dos! ¿Qué pretendes? ¿Quieres casarte conmigo?

Richard vaciló un momento ante aquella propuesta tácita que, de repente, resonaba en el aire; pero no perdió el valor.

—Justamente, quiero eso que tú dices —contestó.

—Pues en ese caso tu coherencia me inspira más compasión aún. Sólo puedo animarte una vez más a que te contentes con lo que te he ofrecido, No es tan mal sustituto, Richard; al menos tal y como yo lo entiendo. Lo que mi amor pudiera ser lo ignoro, no sabría decirlo. Pero sí estoy convencida de la clase de interés que siento por ti. Ambos tenemos deberes en

este asunto, y yo he decidido tener una visión sin prejuicios de los míos. Podría acabar perdiendo la paciencia contigo, sabes, y apartarme completamente de ti, dejándote solo con tus sueños y el corazón destrozado. Por eso mismo, cuanto más (y no cuanto menos) me veas, más irán cambiando tus sentimientos.

—¿Te estás burlando? ¿Y los tuyos?

—Los míos también cambiarán, no tengo ninguna duda al respecto. No en el tipo sino en la intensidad. Cuanto más te conozca, estoy segura de que más te apreciaré. Y también tú me apreciarás más. No me rechaces, te estoy diciendo la verdad. Te irás formando una opinión verdadera sobre mí, cosa que en este momento no tienes, pues de lo contrario no me dirías que te vuelvo loco. Pero debes ser paciente. Es un hecho singular el que haga falta más tiempo para aceptar las ideas racionales en relación con una mujer que para imaginar que uno la adora.

La sensación de estar loco por alguien es una mala base para el matrimonio. Está claro que deseas dejar atrás tu vida ociosa y tus malas costumbres; y ya ves que soy una amiga de verdad, pues no dudo en tratar cuestiones desagradables, mientras que no me atrevería a hacerlo si fuera tu «adorada». Pero eres tan indolente, tan poco decidido, tan indisciplinado, tienes tan poca instrucción —Gertrude hablaba pausadamente espionando el efecto que causaban sus palabras—, que te resulta muy difícil cambiar de vida. Propongo pues, con tu consentimiento, ser tu ángel de la guarda. En adelante, mi casa estará abierta para ti como al amigo más querido. Ven todo lo que quieras, y quédate cuanto rato desees. No digo que ocurra de aquí unas pocas semanas, claro, ni siquiera en unos meses, pero cuando Dios lo quiera serás un joven capaz, en perfecto estado de funcionamiento, cosa que ahora mismo no ocurre, y tú mismo lo consideras así,

yo bien lo sé. Sin embargo, tengo una excelente opinión de tus talentos —esto era muy astuto por parte de Gertrude— y hasta de tu naturaleza. Y si resulta que te he hecho un favor, entonces ya no pensarás en casarte conmigo.

Richard la había escuchado en silencio, frunciendo el ceño cada vez más.

—Todo esto está muy bien, pero es puro camelo, un camelo de principio a fin. ¿Qué significa toda esa palabrería sobre la incompatibilidad entre la amistad y el amor? Estas palabras dan ganas de maldecir. Recházame de una vez y mándame al diablo, si hace falta: pero no lo aproveches para embaucarme con tus ideas. Ah, una sola palabra hace que todo se caiga en pedazos: ¡te quiero como esposa! Te equivocas completamente tratándome como un niño, es un error garrafal. Estoy en perfecto estado de funcionamiento; comencé a vivir decentemente cuando empecé a amarte. Abjuré del alcohol

como si no hubiera bebido una gota desde hacía veinte años. Lo detesto, abomino de él, ya he tenido mi dosis. No, Gertrude, ya no soy un niño, tú me has curado. ¡Diantres, ésa es la razón por la que te quiero! ¿Acaso no te das cuenta? Oh, Gertrude —y su voz se ensombreció—, ¡eres una gran hechicera! No tienes artificios, ni ninguna de las hechuras ni las gracias de las muchachas que pasan por bonitas, pero eres una hechicera sin necesidad de ello. Está en tu naturaleza. ¡Eres tan divina y diabólicamente honesta! Estas cosas inteligentes que acabas de decirme querían ser una ducha fría, pero no puedes ahogarme sujetándome la cabeza debajo de un grifo. Dirás que no es sino sentido común; muy probablemente; pero ésa es la cuestión. Tu sentido común me cautiva, y por eso mismo te quiero.

Ahora había en su tono algo tan calmado y resuelto que Gertrude sintió un malestar. Se

sintió más débil que él, mientras que su felicidad común exigía que fuera más fuerte.

—Richard Maule —dijo ella—: ¡qué poco amable eres!

Su voz tembló al pronunciar aquellas palabras, y cuando las hubo pronunciado se deshizo en lágrimas. Un sentimiento egoísta de victoria se apoderó del joven. Quiso rodearla con el brazo, pero ella se desasió bruscamente.

—¡Eres un cobarde! —gritó.

—¡Tranquilízate! —contestó Richard, enrojeciendo de enfado.

—Vas demasiado lejos, Richard; te obstinas más allá de la decencia.

—Me detestas ahora, supongo —dijo brutalmente Richard, como un ser acorralado.

Gertrude se secó las lágrimas.

—No, en absoluto —respondió ella dirigiéndole una mirada límpida y seca—. Para detestarte

habría hecho falta que te hubiera amado. Sigo apiadándome de ti.

Richard la miró un momento.

—No tengo tentación alguna de devolverte el cumplido, Gertrude —dijo—. Una mujer con tanta diplomacia como tú no necesita piedad.

—No tengo la diplomacia suficiente para interpretar tu sarcasmo, amigo mío, pero mi buen fondo te lo perdona y me importa seguir teniendo este buen fondo hasta el final. Quiero mantener la calma, quiero ser justa, quiero dejar el asunto zanjado y no tener que volver a hablar de ello. No es por gusto —confío en que lo sepas— por lo que me he aventurado en todo esto; yo también tengo mi sensibilidad, como tú. Así que escúchame una vez más. Si no te quiero a tu manera, Richard, es así; si no puedo, es así. No se puede amar por encargo. Pero en materia de amistad, cuando ésta queda estable-

cida, creo que la voluntad y la razón pueden tener su parte importante. Con lo cual, voy a poner toda mi fuerza espiritual en mi amistad contigo, y de este modo quizá quedemos a la par. Este sentimiento —tal como te lo iré manifestando naturalmente— no será, en definitiva, muy distinto de ese otro sentimiento que reclamas, tal como te lo hubiera manifestado naturalmente. Resignarse valientemente a esta ligera diferencia, tal como es, no es más que el deber de una persona de honor. ¿Me entiendes?

—Tienes una forma admirable de presentar las cosas. ¡«En definitiva» y «Esta diferencia tal como es»! Esta diferencia es la diferencia entre casarse y no casarse. Supongo que no querrás decir que tienes la intención de vivir conmigo prescindiendo de dicha ceremonia.

—Supones bien.

—Entonces, ¿por qué desvirtúas las cosas? Una mujer es la esposa de un hombre, o no lo es.

—Sí, y una mujer es la amiga de un hombre, o no lo es.

—Y tú lo eres, ¡y yo soy un monstruo de ingratitud al no contentarme con esto! ¿Es eso lo que quieres decir? Sólo Dios sabe cuánta razón tienes...

Y se calló un instante, mirando fijamente al suelo.

—No me desprecies, Gertrude —volvió a decir—. No soy tan ingrato como parece. Te agradezco mucho todas las molestias que te has tomado. Claro que entiendo que no me quieras. Serías muy estúpida si me quisieras; y no lo eres en absoluto, Gertrude.

—No no soy estúpida, Richard. Es una gran responsabilidad: es terriblemente vulgar; pero, en el fondo, estoy más bien contenta.

—Yo también. Podría detestarte por todo esto; pero no cabe ninguna duda de que por eso mismo te quiero. Si fueras estúpida podrías que-

rerme; pero entonces yo no te querría a ti; y puestos a escoger, prefiero esto otro.

—El cielo ha elegido por nosotros. Ah, Richard —siguió diciendo Gertrude con una sencillez admirable—: seamos buenos y obedezcamos al cielo, y estaremos seguros de ser felices.

Y le tendió la mano una vez más.

Richard la tomó y la llevó a sus labios. Ella la retiró al sentir su contacto.

—Ahora debes dejarme —dijo ella—. ¿Has venido a caballo?

—Mi caballo está en el pueblo.

—En tal caso, puedes volver siguiendo el río. Buenas noches.

—Buenas noches.

El joven se alejó, y Miss Whittaker permaneció un instante inmóvil viendo cómo desaparecía con las últimas luces del crepúsculo.

Para poder apreciar la importancia de esta conversación el lector ha de saber que Miss Gertrude Whittaker era una joven de veinticuatro años y que estaba sola en el mundo desde que murió recientemente su padre, quien le había dejado una gran fortuna, acumulada por diversas empresas en aquella parte del Estado. Había designado a una parienta lejana y ya mayor, llamada Miss Pendexter, para que ayudara a su hija con la casa; y a uno de sus viejos

amigos, conocido por aunar la habilidad con la integridad, como consejero financiero. Gertrude no tenía madre, se había criado en el campo, y sus rasgos eran más bien toscos; al alcanzar la mayoría de edad no tenía ni los gustos ni los modales de una damisela refinada. Con una constitución vigorosa y activa, un gran corazón y una mente lúcida, y mucho talento para los negocios, era una de las personas principales de la región debido a su riqueza y a su tacto. Estos hechos la habían obligado a una importancia que no trataba en modo alguno de evitar y con la que se sentía totalmente a gusto. Sabía que era una potentada de la región y que, estuviera presente o ausente, siempre se hablaba de ella como de la rica señora Whittaker; y a pesar de que era modesta como debe serlo una mujer, no era tímida ni nerviosa hasta el extremo de querer esquivar sus obligaciones implícitas. Sus sentimientos siempre eran, en efecto, más sólidos y

fuertes que delicados. Y sin embargo, había en toda su naturaleza, tal como el mundo había sabido reconocerlo, una especie de discreción afable que concitaba el respeto general. Era impulsiva pero circunspecta; ahorradora pero de gran generosidad; realista, pero siempre dispuesta a bromear; con un agudo sentido de las distinciones humanas, pero hospitalaria casi sin discriminación; con un inmenso fondo de sentido común, pero justo después —como el cura que se esconde tras el rey— y a pesar de su espíritu básicamente prosaico y por así decir trivial para con los demás, tenía cierta latente capacidad heroica, de tal modo que aquel que la hubiera adivinado (suponiendo que fuera joven y entusiasta) no dejaba luego de rondarla para arrancársela, como uno se acerca a respirar una gran dalia en flor que, al pasar, ha resultado deliciosamente perfumada. Nuestra historia se basa en la existencia efectiva, en

más de una mente, de la sensación huidiza de dicho aroma.

Richard Maule y Gertrude Whittaker eran viejos amigos. En primer lugar, de niños, fueron juntos democráticamente a la escuela del pueblo; luego, al haber seguido vías divergentes, ambos habían conocido el vínculo ligero de la amistad prolongada entre Gertrude y Fanny Maule, la hermana de Richard, quien se había acabado casando y se había trasladado con su marido a California. Con su partida, la antigua relación hecha de costumbre entre su hermano y su amiga se había ido deshaciendo poco a poco, y acabó dejando de existir. Richard se había convertido en un joven rebelde y difícil, con un temperamento que aunaba en proporciones iguales y contradictorias una apatía inexpugnable y un ardor impetuoso. Había perdido a su padre y a su madre antes de poder levantar el vuelo, y a los dieciséis años Richard se halló en

posesión efectiva, y suponía, incuestionada, de las tierras paternas. Pero aquellos que tendían a poner en entredicho su aptitud inmediata en gestionarlas no tardaron en manifestarlo; el resultado fue que la propiedad fue arrendada por cinco años, y Richard fue colocado bajo la tutela de un tío materno, que vivía en una granja de su propiedad a unas trescientas millas de allí. Nuestro joven permaneció ahí hasta la mayoría de edad, con el pretexto de aprender la agricultura con sus primos, pero en realidad sin aprender nada de nada. Muy pronto afirmó —y lo había cultivado día tras día— su reputación de joven atolondrado y de mal carácter. Era tozudo, descortés, sombrío y huraño. Le gustaba un poco leer y cazar, por ser pasatiempos solitarios; sin embargo, le costaba mucho adquirir el arte de vivir en buenos términos con los demás. Si era posible entenderse con él, esto se debía a que era a la vez demasiado simplón y demasiado

egoísta para buscarse problemas. Desde que tuvo edad suficiente obtuvo el disfrute de los lugares de su infancia, y estaba enfermizamente obstinado en cultivar unas tierras conocidas por ser muy pobres. Evitaba a los vecinos y los antiguos socios de su padre; parecía gustarle desafiar su reprobación en relación con sus extrañas maneras de actuar. Les comunicó que no quería otra ayuda salvo aquella que pagaba, y que tenía la intención de trabajar en la granja solo y para sí mismo. En definitiva, se mostró frente a ellos sumamente desagradable y pretencioso. No tardaron mucho en descubrir que su incapacidad era tan grande como su vanidad. En dos años había hecho algo más que destruir el trabajo del último granjero, que había intentado algunos inteligentes experimentos en aquellas tierras ingratas. Al cabo de tres años, la gente pensaba que estaba desquiciado; los que lo observaban pensaban que había algo tan arbi-

trario en sus devaneos que quizá podía pensarse que su salud mental estuviera dañada. Pareció haber aceptado esta opinión sobre su estado y renunció a cualquier veleidad de trabajar. Por esa época se hizo de notoriedad pública que, muy a menudo, estaba bebido; y por ello adquirió la deplorable reputación de ser alguien peor que insociable —es decir un hombre que se emborracha en solitario—, aunque no pudiera afirmarse si dicha práctica era la causa o el efecto de sus malas cosechas. Por esa época, también, volvió a ver un poco a Gertrude Whittaker. Durante algunos meses después de su regreso, fue mantenido a distancia, así como todos los galanes de la región, por la reputación de hostilidad extrema del padre de la muchacha para con todos los pretendientes y cazadores de dotes; y, luego, por la enfermedad que había llevado al viejo a la tumba. Sin embargo, cuando por fin Miss Whittaker levantó el largo bloqueo de su

duelo, Richard, para estupefacción de todos, fue de los primeros en beneficiarse de la apertura del puerto y en poder echar el ancla en las aguas apacibles de su amistosa compañía. Por entonces contaba —cosa que le sorprendía considerablemente— con veintitrés años; es decir algunos meses menos que la joven heredera.

Era imposible que a ésta no le hubiera llegado algún eco de la triste imagen que mostraba Richard en sociedad y de las relaciones curiosas con el vecindario y sus propios negocios. Gracias a esto, Richard se benefició de una acogida muy cálida; la acogida propia de una gran compasión. Gertrude le dio las últimas noticias de su hermana Fanny, con la que él había interrumpido toda correspondencia, y, llevada por las quejas de Fanny en relación con aquel largo silencio, Gertrude le sugirió amistosamente a Richard que volviera cuanto antes a su casa para mandarle una carta a California. Richard

estaba sentado frente a ella, la miraba fijamente con sus oscuros ojos, y, lejos de tratar de justificar su conducta, se alegraba en silencio de la imposibilidad total de justificarla, pues le parecía muy delicioso el proceso al que se le sometía. Le habría gustado una reprimenda como aquélla todos los días. Nada lo había emocionado nunca hasta tal punto. Se marchó con una extraordinaria sensación de alivio general. Entonces empezaron una serie de visitas que, en el espacio de diez semanas, culminaron con la conversación que le he presentado a lector. Aunque sufría de una terrible falta de confianza frente a la mayoría de las mujeres, Richard olvidó con Gertrude desde el inicio lo que significaba ser tímido. Así como un hombre de mundo considera que, de vez en cuando, está bien renovar sus energías sociales con una hora en *tête à tête* consigo mismo, Richard, para quien la soledad era la norma, sentía cierta satisfacción

austera en el contacto con la inteligencia viva y el buen humor de aquella mujer joven, con su visión generosa de la vida y su bondad activa. Y poco a poco, siguiendo un proceso salutífero, aquel lujo se hizo regular. Ahora le resultaba agradable acudir a casa de Gertrude porque le hacía beneficiarse de su propio éxito; porque él asistía a su dicha sin la menor sensación de envidia; porque olvidaba sus dificultades y malas costumbres, y porque su alma, actuando de aquel modo, se sentía aliviada de sus tormentos bajo aquella mirada amable y límpida, al igual que su cuerpo se había sentido a menudo aliviado de su fatiga a la sombra de un manzano, arrullado por el murmullo de las ramas. Pero el alma, como el cuerpo, no podía mecarse tanto tiempo sin ponerse a soñar, ni soñar tampoco demasiado sin desear por fin expresar todos aquellos sueños. Richard se atrevió un día a comunicarle parte de sus visiones a Gertrude, y aquella

confesión, por lo que se ve, no fue en absoluto del gusto de la muchacha.

El hecho de que aquel joven torpe hubiera, de un modo u otro, conseguido deslizarse en la intimidad de Miss Whittaker llegó muy pronto a los oídos de todo el mundo; y los vecinos, de modo bastante natural, llegaron por iniciativa propia a la importante deducción de que —por extraño que pudiera parecer— ella iba a renunciar a su apellido para tomar el de él. Se consideró por supuesto que era un joven con mucha suerte, y lo extendido de aquella opinión tuvo sin duda sus efectos respecto a la paciencia de algunos de los acreedores, que durante mucho tiempo habían sido relegados. Y si no se casaba con él —se acabó diciendo al poco—, al menos ella le podría prestar dinero; ya que no se dudaba de que la necesidad de obtener dinero era el móvil principal del cortejo de Richard. Sin embargo, digamos sin demora que dicha afirmación

era injusta y precipitada. Nuestro protagonista tenía muchos defectos, pero el mercantilismo no estaba entre ellos, así como tampoco formaba parte de sus virtudes una preocupación excesiva por sus deudas. En cuanto a Gertrude, si bien a veces se equivocaba acerca de los sentimientos de su amigo, sobre este punto no se equivocaba. No estaba convencida ni mucho menos de que él la amara tal como pretendía, pero nunca se la pasó por la cabeza dudar de su carácter desinteresado. En realidad sólo se le resistía porque no estaba enamorada de él, pero en absoluto por la disparidad de sus fortunas. Al aceptar sus ofertas de amistad, sencillas y naturales, llamándolo Richard, como en los viejos tiempos, y al aceptar básicamente reanudar sus antiguos vínculos, no había previsto ninguna complicación peligrosa. Lo había considerado como un ser humano desamparado como tantos de los que «ocuparse». Se había solidarizado con